

Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

AL INICIARSE EL SIGLO XIX el estilo que dominaba en las artes plásticas era, en Europa, el Neoclásico, proveniente del segundo tercio de la centuria anterior, mismo que habría de mantenerse vigente hasta la llegada del romanticismo hacia mediados de la centena. Sus principales características fueron el equilibrio, la simetría y la fidelidad al modelo, contrastando con la exuberancia ornamental, asimétrica y desbordada del Barroco precedente.

Sin embargo, esta innovación estética tardó en ser asimilada por el público mayoritario de la Nueva España, que se había acostumbrado al arte Barroco predominante en la Colonia. No sucedió lo mismo con las altas clases sociales, laicas o religiosas, que acogieron con entusiasmo al nuevo estilo que revivía los cánones grecolatinos, y siendo éstas las que pagaban la creación del artista, determinando su producción, el Neoclásico acabó por imponerse en el país.

Dice Raquel Tibol:

"El neo-clásico fue en México expresión de las clases poderosas y de cultura bastante desarrollada. En los pocos casos en que la arquitectura y la pintura populares adoptaron el nuevo estilo, lo hicieron en forma superficial, copiando la apariencia. Por su parte la masa miserable de las minas, las haciendas y los obreros miró con hostilidad esas formas que venían a reemplazar otras con las que estaba familiarizada y cuyo carácter le emocionaba y comprendía".

La influencia de la pintura europea llegaba a la capital del virreinato a través de la importación de maestros que daban clases en la Real Academia de San Carlos de Bellas Artes, en la ciudad de México, dos de cuyos alumnos formaron y sensibilizaron a los que serían pintores en Guadalajara. De toda esta situación resultó un Neoclásico "mestizo" que unió a la técnica europea una visión y una sensibilidad mexicanas, con rostros morenos que no podían dejar de manifestarse, en los lienzos, con toda su fuerza étnica.

Al respecto dijo José Guadalupe Zuno:

"Un arte lozano se ostentaba en el país. Arte español, académico, a la manera de Madrid y de Sevilla. Por debajo de él, desde mucho antes, una tendencia subconsciente hacia actos de presencia en los cuadros de temas religiosos o en los retratos de los próceres: la instantaneidad. Los Cuentas, los Ibarra, los Concha, los Uriarte y muchos más sin saberlo, venían anunciando la independencia en forma de un estatismo especial muy mexicano. Como en una misteriosa, secreta, silenciosa conspiración, se suceden con bastante frecuencia las actitudes de rebelde parálisis. La suelta manera de cómo los pintores españoles o españoles representan la actividad, es parada en seco, sin violencias, quedando ojos y labios quietos, como sorprendidos en una fugaz insurgencia (...) ese quietismo se va acentuando (...) con un disfraz de suavidades en el color y en las formas, para hacerse gallardo y descubrirse casi en don José María Uriarte".

Los temas que desarrolló el Neoclásico, en pintura, fueron muy numerosos puesto que continuó con los de tipo religioso, tan caros al Barroco, aunque tratándolos de formas distintas; agregó personajes del panteón grecolatino; escenas costumbristas, rurales o urbanas; incluyó sucesos y figuras de la historia patria; consideró dignos de ser trasladados al lienzo algunos asuntos del pasado in-

dígena y el folklore regional, iniciando así el nacionalismo pictórico; pintó ricos bodegones y fue abundante en retratos.

Este último género había gozado ya de amplio prestigio desde el siglo XVIII, dejando innumerables representaciones de clérigos y criollos enriquecidos, pero cobró especial importancia alrededor de 1820, durante el Imperio de Iturbide, pues

"Por estas fechas se produce el primer brote de "culto a la personalidad" habido en México, que don Agustín promovió en torno a su imperial persona...", asevera Raquel Tibol.

Y, efectivamente, políticos, miembros del clero y burgueses se hicieron retratar con sus familias, sus joyas, sus animalitos domésticos y el menaje de su casa, con gestos dignos y ademanes severos, deseosos de pasar a la inmortalidad, siguiendo una tradición individualista que surgió con el Renacimiento en Europa y aquí encontró entusiasta respuesta en los albores de la Independencia.

Sin embargo, esta moda costaba dinero que, en ocasiones, no se tenía, como sucedió con el primer retrato que el Ayuntamiento tapatío tuvo que hacer del Emperador y como careciera de fondos para tal erogación, solucionó el problema con una ingeniosa solución: a un viejo retrato de Fernando VII le mandó borrar la cabeza colocando, en su lugar, la de Iturbide, que conservó el cuerpo, chaparro y gordinflón, del monarca borbónico, así como sus reales condecoraciones. De esta cómica historia da fe don Ramiro Villaseñor, que conoció el susodicho retrato en su infancia, guar-



Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco

dado en un empolvado rincón de la Preparatoria de Jalisco. Zuno afirma, sin embargo, que hubo otro, mandado hacer por el Consulado, que agrupaba a los comerciantes, pintado por Uriarte.

La Academia de Bellas Artes de Guadalajara

En 1817, en pleno fragor de las guerras independentistas, José de la Cruz, último gobernador colonial de la Nueva Galicia, mandó llamar al pintor José María Uriarte, procedente de la capitalina Academia de San Carlos, para que dirigiera, en nuestra ciudad, la primera Institución Oficial enfocada a la enseñanza de la pintura. Su nombre fue el que da título a este apartado y de ahí salieron pintores de calidad tanto por las excelencias de su director y sus maestros, cuanto por el hecho de que la Academia pudo admitir numerosos estudiantes, entre los que necesariamente, se encontraban individuos de talento.

El nacimiento de la Academia de Bellas Artes no hizo desaparecer los talleres en los que otros maestros de pintura impartían clases a alumnos particulares.

Con Uriarte arribó un tibio Neoclásico, tan tímido que de las aulas del avezado artista salieron algunos autores que se expresaron con mayor libertad que la permitida por los estrictos cánones de dicha escuela y han sido catalogados como pintores "regionalistas" o "populares". Esto dio como resultado el que dos corrientes coincidieran en la Guadalajara de entonces: la depurada del Neoclásico y la mestiza nacionalista.

En 1835, año en que falleció Uriarte la dirección de la Academia pasó a manos de José Antonio Castro, traído asimismo de la ciudad de México, donde fungía como director sustituto del maestro catalán Rafael Ximeno y Planes, en la Academia de San Carlos. En la misma fecha, y tal vez a iniciativa de Castro, el gobernador José Antonio Romero cambió el nombre colonial de la institución, designándola "Academia de Pintura y Escultura". Su ubicación siguió siendo la misma: el plantel de la Universidad (ahora Edificio Lutecia, en Juárez y Colón); del que un viajero de la época afirmó que "sólo se le puede reprochar la mala distribución de la luz", defecto grave si se toma en cuenta la función que cumplía.

Castro fue mucho más riguroso académico que Uriarte. Nunca aceptó más lineamientos que los marcados por su maestro, Ximeno y Planes, formando a sus discípulos en la refinada técnica del Neoclásico. Reyes Zavala se refirió a él llamándolo "Pintor supremo de la antigua escuela". Y agregó, en su folleto de 1882, que:

"El Sr. Castro prestó un muy importante servicio a las bellas artes en Guadalajara (...) y fue descubrir y manifestar que el valiosísimo cuadro de la "Purísima", que actualmente existe en la sacristía de catedral, era nada menos que un original del célebre español del siglo XVII, Bartolomé Murillo, preciosísima joya artística con que se honrará el mejor de los museos europeos".

A Castro se debió, igualmente, el establecimiento de las normas académicas que rigieron la **Sociedad Jalisciense de Bellas Artes**, fundada a principios del Siglo XIX, aunque su reglamento formal no se constituyó sino hasta 1856 y fue reformado nueve años más tarde, en 1865.

Tanto el grupo académico como el regionalista o popular, se abocaron a la pintura de caballete, realizando, principalmente, retratos; el primero para las gentes pudientes y el segundo para la clase media citadina o ranchera. Y ambos cultivaron, desde aquellos tempranos inicios del México independiente, el muralismo, decorando los amplios corredores de las haciendas y los salones de fincas urbanas.

De sus nombres y producción nos ocuparemos los domingos próximos...
(CONTINUARA)